

## DISCURSO DE RECEPCION

Por DANIEL SAMPER ORTEGA

Señores académicos:

Tres sombras de alto ejemplo ennoblecen este sillón al que juntamente me traen vuestra indulgencia y mi fortuna. Si el respeto que os debo, la gratitud que os guardo y el diligente y fervoroso servicio a que me obligo bastaren a vuestra intención, recta la mía y cabal el entusiasmo, aquí me tenéis a vuestro señorío. Mas si se piden otros títulos a quienes hayan de hombrearse con vosotros, desabrigado en absoluto de propios he de invocar a la puerta de esta Academia —la voluntad que le profeso aparte— el recuerdo que en ella perdure de don José María Samper y de monseñor Rafael María Carrasquilla y Ortega, con cuyo deudo me heredó la Providencia para resarcirme de la exigüidad de otras luces. Porque algo habrá de amparar, en colegios donde se tributa a la tradición, la circunstancia del linaje, por la bienquerencia que ella engendra en el ánimo, que apenas infundido por Dios en la fugaz arcilla, se nutre de la admiración y del cariño que ligan las generaciones de ahora a las de ayer; de mí sé decir que tengo en este sitio lazos del alma con Vergaras y Carrasquillas, Pombos y Marroquines, Fernández Madrid, Martínez Silva y tantos otros señores de esta casa, reciamente anudados a mi corazón desde aquellas sosegadas horas en que al lento despertar de la conciencia iban encuadrando en ella, como si fuesen suyos, quereres que le venían desde el pasado ajeno, en repetidas e intencionadas remembranzas.

Precisamente don José María Vergara, cabeza de la silla que me habéis designado, avanza entre mis afectos desde que mis oídos se abrieron al rumor de la tierra y su nombre sonó la primera vez en ellos como cifra de gallardías, pauta de rectitud y guión de caballeros y de cristianos. Vergara, que supo mejor que nadie abrir los brazos; donairoso en la ocurrencia, frívolo en la forma, profundo en el sentir; holgado en caridad y simpatía; noble y modesto, se me viene a las mientes cuandoquiera que sueño en atrapar todo el ser de mi ciudad, tan generosa y castiza, huraña a la aventura, repuesta hospedería a los inteligentes y torcedor de los necios, mayorazga de la España de mejores tiempos, igualmente grande en el aplauso y en el desprecio, porque a ella, decoro de América, cumple acrecentar y deponer a los hombres para lustre y resguardo de la patria.

Entregada a la tierra la juventud de Vergara, tomó su huérfano lugar en este senado aquel doble patricio en vida y en muerte, viajero de las anchas comarcas de las letras, la jurisprudencia y la doctrina, que se llamó Sergio Arboleda. Venía de la ciudad en cuya entraña crepitan por igual el fuego del mundo y el del genio, que coronan de rojo las cumbres de sus nevados y las colinas del martirio. Su fe y el deber le impulsaron por más de ocho lustros bajo los pórticos de la ley, cuando no de aquellos de donde impartía sus conocimientos y educaba con el ejemplo, a semejanza de otro prócer de las mismas aulas, don José Félix de Restrepo, consonante suyo en la ejemplaridad del magisterio, en la armonía de la vida y en la religión de la justicia.

\*

\* \*

A este "hombre de Cristo", que le dijo Suárez, sustituyó a nuestro lado el sobresaliente conductor de generaciones monseñor Rafael María Carrasquilla y Ortega, magnate de la Iglesia por sus virtudes, de la república por su sangre, una con la del Precursor, y de las letras por el ingenio. Prelado doméstico de Su Santidad y varias veces requerido a ceñir la mitra, canónigo de la Metropolitana, ministro de instrucción pública, restaurador del colegio del Rosario, delantero por muchos años de esta excelsa Academia, humanista y teólogo de clarísimas facetas, su personalidad se levanta en lo humano a las cumbres del mérito, y en lo divino se deleita en cernerse en las esferas donde mora Dios en su grandeza.

En ella y en su misericordia declinó la copiosa vida de su siervo, la cual abrillanta tres cuartos del siglo que ha cumplido Colombia. Del hogar-liceo de su padre, donde cursara desde los primeros balbuceos hasta los estudios secundarios, pasó Carrasquilla a ese otro —para él "no menos querido que el paterno"— donde se forma el sacerdote de Cristo, y de allí a poco a presidir por cuarenta años el que fue y sigue siéndolo de repúblicos y de hombres de bien. No rompe la serenidad de esa existencia el breve tiempo en que sirviera la vicerrectoría del seminario y las parroquias de Egipto y de San Pedro, ni los días en que estuvo, allá de la raya de su país, presentando a éste con saber y majestad.

Era el solar de Ricardo Carrasquilla y Emilia Ortega y Párraga uno de los que sombrea el Evangelio, esclarece la sencillez y prospera la luz de la inteligencia. Aumentad sobre las virtudes aprendidas en el hogar, el don de consejo, la austeridad, la prudencia, el desprendimiento, la humildad dentro de su grandeza, la orgullosa veneración que Carrasquilla profesaba a su ministerio, y tendréis diseñada su extensa figura eclesiástica, una de las más notables de ese clero a que perteneció también otro varón de gloria, Manuel María Camargo, cuyas manos, cruzadas ya y frías, siguen dando calor a la infancia en desamparo.

Volviendo a Carrasquilla, en él perseveran de tal modo el educador y el filósofo, que resulta imposible deslindarlos; porque se funden en el piélagó brillante de su espíritu como diversos y esplendentes colores en la magnificencia de una puesta de sol: a quietos mares de la serena lumbre de un lucero se añaden hasta lo infinito sinuosas playas de las más vivas candelas del rubí; mas ¿quién señalará en el ocaso el remate de color y color, ni en la hondura de un pensamiento como aquél el término entre la sabiduría que lo alumbra y la bondad que lo lleva a prodigarse?

Desestimando la carne, de cuya gloria escrito está que ha de agostarse, Carrasquilla levantó su maciza arquitectura mental sobre el cimientó de la más acendrada fe, para reposar en certidumbre; y afirmados así los muros de su espíritu, puso a los riquísimos techos los anchos pilares de su filosofía y patriotismo: de una filosofía que, atenta siempre a las enseñanzas reveladas, combina el respetuoso estudio del pasado con el anhelo de vencer al presente por medio de la investigación, y se mantiene equidistante del empírico positivismo y del idealismo panteísta, extremos de la balanza en cuyo centro buscó santo Tomás el equilibrio; y de un patriotismo venido del amor al prójimo, y que se ejerce modelando en rectitud los hombres destinados adelante a las actividades nobles de los pueblos.

Ningún emplazamiento más adecuado para el sacerdote, el filósofo y el educador, que el colegio de fray Cristóbal de Torres, linde cimera donde se parten hacia el ayer y hacia el mañana los manantiales del pensamiento, y no cuna de la república, sino la república misma, que hincó sus raíces de piedra y de bronce en medio al claustro mayor. Alzada la dejó el arzobispo para que la cincelasen Mutis con su palabra, los próceres con sus padecimientos, y con su amor después tantos y tantos ciudadanos nacidos a la lid bajo esos muros, cuya sombra bordea todo nuestro territorio intelectual.

Vencido el ministerio de educación nacional a deberes muy otros de los humildes administrativos, camina a ser el "centro didáctico donde se estudien los últimos adelantos y los mejores métodos, y adonde acudan en consulta rectores y catedráticos"; conoce que "debemos pedir a Europa profesores para las ciencias que no sabemos enseñar, y formarlos en el país para aquellos ramos que sí se aprenden bien entre nosotros"; y pues "los jóvenes miran las humanidades no como estudio de intrínseca importancia sino como mero pasadizo para llegar a las facultades en busca del diploma de doctor", cuando el país pide "menos doctores, pero más doctos", anhela por que el rumbo de los colegios vaya a "fortificar la mente y comunicar agilidad a las facultades intelectuales, de suerte que el alumno pueda, al retirarse de la escuela, emprender con facilidad y por sí mismo cualquiera género de estudios". Por sabido que hoy ya se compadecen la educación física, la intelectual y la moral, "porque una de las tres no basta sin el auxilio de las otras: la física sola forma jayanes, no hombres; la intelectual aislada hace letrados, no sabios; la moral sin sus dos compañeras, hace bueno al hombre, pero sin medios eficaces de emplear su bondad en provecho de sus semejantes". Y por último, ad-

vertida la quiebra de los antiguos sistemas, se fincan los modernos en soslayar la enseñanza nemotécnica, y en rendir al alumno "estímulos a la vez que conocimientos y enseñarle a hacer buen uso de la libertad, para que se eduque como es debido" (1).

Mas ¿para qué todo esto sobre las ideas a que se arrima ahora el Ministerio? Para excusarme, señores, de hacer elogio alguno del maestro que apenas afirmada la planta en las baldosas por donde salió Caldas a la inmortalidad, nos dio, en las palabras que acabo de leer, la cifra de la renovación que se persigue.

Réstame lamentar que no se le haya escuchado en integridad, y por lo tanto los estudios clásicos yazgan aún en desamor. Pensaba Carrasquilla que los especialistas, útiles en otros países, suelen ser en los nuevos un lastre innecesario, y de aquí su empeño por intensificar los estudios de humanidades y de filosofía, que "antes que especialistas forman hombres y suministran conocimientos universales, que por universales a todo se aplican". Harto bien sabía él que sólo ascendiendo a alturas que hoy se desdeñan, podremos abarcar el conjunto de necesidades del país. Colombia crece, pero nosotros subimos cada día menos para mirar su panorama; y así se explica que en la medida en que se agigantan los problemas, se empequeñezcan quienes habrán de resolverlos.

La premura y el vértigo que señorean la vida moderna han dado al traste con el reposo de la lectura y de la investigación; de otro lado, hoy se juzga equivocadamente que la cultura se adquiere con fugaces e inútiles incursiones del alumno por numerosos campos diferentes; cuando lo sensato parece darle una disciplina mental para que en el curso de los años prosiga con fruto y por sí mismo los estudios que apenas se inician en las aulas. Siguiendo los consejos de los novísimos educadores, fuera recomendable edificar la segunda enseñanza, como lo hacemos hoy con la primaria, y adelante al organizarnos para el trabajo, en torno a un centro de interés. ¿Y cuál mejor que el idioma, el don supremo del hombre, el don creador por excelencia, el que más lo asemeja a la divinidad? Para ejercerse, el pensamiento necesita de las palabras, como de la luz el ojo para ver: de donde resulta que si a mayor intensidad luminosa hay más clara percepción, las ideas serán más nítidas si aumenta en transparencia el velo que las recata. De aquí el que los hombres del siglo pasado, que al parecer malbarataron sus ocios en remontarse hasta las más escondidas fuentes de la lengua, hubieran sabido, como no sabemos nosotros, pensar con grandeza.

En las actuales generaciones, y sobre todo en el seno de esta Academia, se yerguen algunas altas mentalidades. Mas no debemos olvidar el rito en que las sacerdotisas de Delfos, coronadas de yedra, corrían sobre la nieve en las noches de invierno, pasándose de una a otra la encendida antorcha, que parecía rayar en fuego los flancos del

(1) "Revolución en la instrucción pública" e "Informe del rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, 1891".

Parnaso; tal en la noche de nuestra ignorancia llevan el fuego de la inteligencia aquellos corredores que se llamaron Jiménez de Quesada, fray Cristóbal de Torres, Moreno y Escandón, Mutis, Nariño, Restrepo y Caldas, Fernández Madrid, Santiago Pérez y Ezequiel Uricoechea, Caro y Cuervo, Suárez y Carlos Arturo Torres, Carlos Cortés Lee y Rafael María Carrasquilla. Pero, ¿quién recogerá mañana esa llama viajera al caer de las manos que hoy la sostienen?

\*  
\* \*

Quando no fuese el mismísimo fundador el primero que en esta ciudad cultivó la oratoria sagrada, el género es el más antiguo en nuestra literatura, comoquiera que si la ráfaga de una gran alegría o de un intenso dolor nos abate el alma, ella se levanta en espontáneo esguince, a la manera que los juncos al tornadizo viento. Tal debió de acontecer a la hueste de Gonzalo Jiménez así que pospuso el repecho que hurtaba a su pesquisa la Sabana: de rodillas en el filo, invocaría el capellán al Señor, y aquel ¡bendito seas! fue la más elocuente oración que se haya elevado jamás desde los Andes.

No llegan a cuarenta los predicadores conocidos de nuestros críticos. En el siglo xvi, aparte de Quesada, hay memoria de fray Alonso de la Cruz, iniciador del convento de Nuestra Señora de la Popa en Cartagena. Al xvii pertenecen las figuras episcopales de fray Cristóbal de Torres, don Lucas Fernández de Piedrahita y fray Juan de Arguinao, bien que sólo las pláticas del último arribaron hasta aquí; y son del mismo siglo Ossorio de las Peñas, Ossorio Nieto de Paz y el deán don Nicolás Javier de Barasorda. Confinan con el xviii y brillan al despuntar el xix, los señores Jiménez de Enciso, Lasso de la Vega y Caicedo y Flórez, y los próceres fray Diego Padilla, el magistral Rosillo y Duquesne el arqueólogo.

Mas a pesar del corto mérito de casi todos los citados oradores coloniales, habría que tenerles por excelentes si aspirásemos a medirlos con sus contemporáneos. Resulta por lo tanto equitativo y sagaz el juicio de Vergara, cuando escribe que toda la caterva de aquellos días no quemaba incienso a la divinidad sino panela, y tuvo cartulina de fabricar sermones en que no se alzaron media cuarta del suelo, no obstante disfrutar de un auditorio enternecido de antemano y dispuesto a dejarse conmovir.

Ni para qué decir que idéntica fue en los siglos xvi y xvii la oratoria peninsular; y tanto, que, según cierto crítico, si el padre Isla no hubiese existido, habría sido necesario inventarlo juntamente con su fray Gerundio de Campazas. Se explica así que nuestro Ossorio de las Peñas hubiese parecido a fray Francisco Núñez digno de figurar en la antología que sacó a luz en Madrid, en 1680, donde también figura fray Hortensio Félix Paravicino, a quien llamaron en sus días "predicador de los reyes y rey de los predicadores"; el cual fray Hortensio irritaba de tal modo a don Pedro Calderón de la Barca, que al referirse a sus sermones los denominó "de Berbería".

Muy de acuerdo con el autor de *La vida es sueño* pensaba pues Vergara, y antes que él, en 1793, el desconocido que escribió en la pasta de un sermonario de Ossorio de las Peñas: "Si lícito me fuera, hiciera de buena gana una hoguera para quemar este anciano y a todos los de su ralea, para dar lugar en esta librería a otros libros útiles por su mocedad y otras prendas de que hoy se forma la verdadera oratoria, y desterrar de algún modo tantos volúmenes que con el título de *Predicables* hacen perder el tiempo a los que leen, engendran ocio a sus apasionados y enfado a los sensatos y facultativos." (Biblioteca nacional, sala 4, número 2589.)

No creo que el Nuevo Reino hubiese conocido preceptiva diferente del *Arte de sermones, para saber hacerlos y predicarlos*, de fray Martín de Velasco, franciscano del convento de Santafé.

"La elocuencia —escribe fray Martín— o por mejor decir el estilo de hablar en los sermones, debe ser el natural, pulido con arte, propio, significativo y lleno de sentencias. Todos los otros modos son indecentes." Y al hablar de los predicadores que no acompañan la acción con las palabras, agrega: "A los que la naturaleza les dio prontitud de pronunciar, les quitó la viveza de las ocasiones. . . y en esto se parecen (sus ademanes) a los socorros de España, que siempre llegan tarde."

Justamente en el *Arte de sermones* he hallado referencias a dos predicadores no citados por Vergara ni por sus comentaristas. Del doctor Juan González, cura rector de la catedral de Santafé, léese que fue "bastante conocido en todo el reino por sus letras, virtud y talento, que era docto y de mucha agudeza, disponía con brevedad y claridad las premisas de los conceptos, resolvía la dificultad al intento y sutilmente se entraba a la persuasión con grandes exhortaciones al pueblo y artificiosas peroraciones de la fiesta o misterio, sin que el arte, ingenio y sutilezas le impidiesen el que siempre exhortase o reprendiese al auditorio". (B. N. 4-14907, p. 134.)

También se habla allí del bachiller Pedro de Barajas, cura doctrienero de Soracá, al que el autor llama fénix de los ingenios de Tunja, el mayor talento de su siglo, el cual "diera, si tuvieran la dicha de oírle, a Cicerón qué imitar y a Demóstenes mucho qué aprender". (Id., p. 63.)

Alambicado imagino al Cicerón boyacense que tales encomios mereció del padre Velasco, acerca del cual opina Vergara que "parece increíble que quien tan buenas reglas enseñaba riñera con ellas al exponerlas". Pero ¿cómo no tomar el rábano por las hojas en el siglo en que fueron pasmo de retóricos los "ladridos evangélicos del perro, dados por el V. P. fray Francisco de Posadas"?

Por supuesto que en materia de títulos no conozco ninguno más truculento que el de las *Coronas de oro del patriarca san José*, así mentadas por Vergara, y cuyo manuscrito, hoy en la Biblioteca Nacional, tiene sin embargo una portada que voy a leeros, si lográis estarme atentos. Reza así:

“Coronas de oro del esclarecido y glorioso patriarca san José, esposo de María Santísima, padre putativo y legal de Dios hombre, Cristo Jesús. Reclinatorio de oro, mejor que el de Salomón, de su majestad soberana en la tierra. El mayor privado de su corte. Su sagrado tutor y defensor. Capitán general de su guardia y de la suprema reina su santísima madre. Gran sumiller de corps. Su cubiculario, y de la llave dorada, para poder entrar siempre que gustase a su real antecámara. Presidente de la tierra. Del supremo y real consejo de Dios hecho hombre. Mayordomo de su sacro palacio. Gran canciller a quien dio Dios el sello de oro con que firma todas las mercedes que hace a los hombres. Secretario de su gobierno y de todos los mayores misterios. Maestresala de la mesa de Jesús y de María. Querubín que guardó el paraíso de su pureza y guardarropa que guardó las más ricas que tiene Dios en su casa. Deducidas y sacadas de lo que los evangelistas dijeron y de lo que los santos padres de la Iglesia han escrito. Publicadas por el doctor don José Ortiz de Morales, cura y vicario del pueblo de Cucaita, antes del de Sutamarchán y sus agregados. Calificador del Santo Oficio y visitador general del arzobispado. Empezó a escribirlas a 26 de julio del año de 1713.”

Otros predicadores desconocidos, además de los que trae el padre Velasco en su *Arte de sermones*, pudieran agregarse en la nómina de los coloniales. Por allá hacia 1620, aparece en Santafé el jesuita padre Baltasar Mas, rector que había sido del colegio de la Compañía en Cartagena de Indias, donde se distinguió como fecundo predicador, y de quien colijo que leía con asiduidad al doctor Gonzalo Sánchez Lucero, canónigo de Granada y muy a la moda entonces, si he de atenerme a las admirativas notas marginales que se encuentran en el sermonario del padre Mas; en el último tercio de la misma centuria y también en Cartagena, fray Pedro Soto Altamirano, de la orden de predicadores; y al comenzar la siguiente, el padre Juan Rivero, citado por Vergara como autor del *Teatro del desengaño* que, dicho sea entre paréntesis, se imprimió en Córdoba en 1742; el padre Rivero ejerció la predicación en Pamplona, y desde joven era llamado por sus compañeros “el viejo Juan”, debido a la madurez de su juicio.

Cuanto al apostólico obispo de Panamá don Lucas Fernández de Piedrahita, he sabido que en la corte de Madrid merecieron grande aplauso sus eruditos y doctos sermones “que le ha celebrado la cordura de los oyentes por uno de los primeros, y han tenido mucha razón, porque la delgadeza del ingenio en los discursos, lo ajustado a los intentos, lo nervoso de las razones y lo elegante sin afectación de las palabras, puede causar loable envidia”. Esto afirma, a lo menos, su contemporáneo el padre Manuel Nájera, predicador de su majestad.

También lo había sido del rey, con anterioridad a Nájera, el padre maestro fray Cristóbal de Torres, después arzobispo de Santafé y fundador del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Quienes han estudiado tan interesante figura nos cuentan que fray Cris-

tóbal escribió unas *Alabanzas de María*, la *Vida de santo Domingo Soriano*, un tratado sobre *La oración del avemaría*, las *Constituciones del colegio* que él fundara, y un libro intitulado *Cuna mística*. Por desgracia, salvo las dos últimas obras, todas las demás del ilustre arzobispo, así como sus sermones, se perdieron a la muerte de su ejecutor testamentario.

Interesa por lo mismo saber que aun podemos estudiarlo por el aspecto de orador sagrado, ya sea en el elogio fúnebre que hizo de la reina de Polonia doña Constanza de Austria, el 24 de septiembre de 1631, y que fue recogido en la antología formada por el licenciado don Carlos Ceballos Saavedra con el nombre de *Ideas del púlpito y teatro de varios predicadores de España*; ya en el panegírico de santo Tomás de Aquino, dicho en el convento de San Pablo de Córdoba en 1615, y dirigido al obispo de aquella ciudad, por cuya orden fue impreso; ya, por último, en las palabras que dijo "en el primer auto de inquisición que hizo el inquisidor general" para castigar a Benito Ferrer Catalán, vecino de Camporredondo, el 21 de enero de 1624. (B. N. 4-18634-1428-11962.)

Representa fray Cristóbal a maravilla aquella oratoria que pudiéramos llamar de altibajo, donde, a vera de las flores más típicas del conceptismo, en pleno vigor en sus días, campean parrafadas de una rusticidad desconcertante.

No menos influido que fray Cristóbal por las ideas del tiempo se hallaba el padre fray Manuel Torrijos, a quien cupo en suerte decir otra oración fúnebre, que traigo a la palestra no por los retruécanos que la distinguen, sino por la importancia del personaje ante cuyo cadáver predicó el conceptuoso hijo de san Francisco. De uno de los dos apellidos del muerto se agarra el predicador para formar anagramas que sirvan de planta a su sermón, fuente apreciable sobre los últimos días de su colega en la orden seráfica, del cual nos cuenta que mendigaba para los pobres, escondía para ellos entre las mangas del hábito sus raciones de chocolate y de pan, apreciaba por sobre todos en el convento los servicios de cocina y escoba, ceñía bajo el sayal cilicios y cadenas, y sólo recibió las sagradas órdenes por obediencia al superior. Sirva para ejemplo del estilo del padre Torrijos la respuesta que él mismo se da a la pregunta *¿an cardo?* que es uno de los anagramas formados: "¡Quíte allá el grande Alejandro! —prorrumpé— pues si éste, aplicando el un oído a las querellas, reservaba el otro para oír las defensas, nuestro excelentísimo príncipe ambos oídos aplicaba a las querellas y con ambos también oía las defensas... Ni habéis oído que otro hombre diese semejante ejemplo de piedad y de liberalidad con los pobres, que el que dio nuestro príncipe y venerable padre difunto" fray José de Jesús María, en el mundo don José de Solís y Folch de Cardona. (B. N. 1-13085.)

Las afflictivas horas de la independencia preñan de sangre y de rencor los púlpitos. En 1809, celebrando la instalación de la suprema junta central de regencia, el doctor Duquesne (de quien se conserva un elogio inédito del obispo de Comayagua) hizo el 19 de enero otro



muy caluroso de Fernando VII "¡dulce nombre a quien parece que ha estado vinculada siempre la felicidad de España... El solo basta para organizar toda la monarquía!"

Mas como no hubiese bastado, pese al pronóstico del panegirista, sus colegas comenzaron a arrancarse túrdigas, con toda devoción. A los dictados que don José María Guesso, el mismo de las *Noches de Geussor*, aplica a los "rebeldes" desde su cátedra de Popayán en 1812: criminales, irreligiosos, sacrílegos, impíos, homicidas, crueles, hipócritas (B. N. 13293), le responden poniendo a los españoles de oro y azul (una vez derrotados, eso sí, en Boyacá), los padres Francisco Florido y Francisco Garay, encargados por el vicepresidente Santander de llevar a cabo unas misiones políticas, con el ánimo de aprovechar el suceso para afianzar en los santafereños el vacilante amor a la libertad: "La historia, estremeciéndose, —dice Garay— trazará algún día el cuadro de vuestras desgracias, y su narración llegará inflamada a las edades más remotas. Era un torbellino devastador que, desprendido de la Europa, inunda y arrasa vuestro suelo: una fragua en que se forjan los grillos de las razas presentes y futuras: una alquimia en que se destilan todos los vicios que han de atacar vuestra existencia; una horrible mezcla de ferocidad y barbarie, de ignorancia y de brutal orgullo. Ahí está ese tribunal de muerte, siempre inexorable, rodeado de sangrientos despojos, en donde todo tiembla y en donde todo se aniquila, donde el oro prodigado o arrancado con violencia sólo sirve para abreviar la vida... Allí están las escarpas con los miembros de vuestros hermanos donde mismo levantásteis los arcos de triunfo a vuestros pacificadores; allí está el cadalso donde vino a parar el que les entregó sus tesoros; allí están los calabozos y la muerte para los que les doblaron la rodilla; allí el pudor ultrajado, los templos profanados, y esta tierra hospitalaria, este domicilio de la dulzura e inocencia es un teatro de horror y de sangre!" (B. N. 1-12896.)

El reverso del cuadro que acabo de leer se hallará en la prédica que el doctor D. A. L., hombre prudente, según se infiere del uso de las meras iniciales, dijo en la catedral de Santafé en 1816, a la llegada de los pacificadores. Pero lo más interesante de ese engendro no es él mismo: son las notas ilustrativas que lo acompañan. He aquí una, relativa a las matanzas de aquel año triste: "Habríamos evitado el lúgubre espectáculo de ver nuestras calles y plazas anegadas en sangre y cubiertas de cadáveres de nuestros amigos y enemigos. Pero con la diferencia de que los nuestros (es decir, los realistas) parece que triunfaron hasta de la misma muerte, habiéndose notado sus semblantes apacibles y risueños, como si tranquilamente durmieran, cuando por el contrario nuestros agresores estaban espantables y feroces, con los ojos y boca abiertos y erizados los cabellos, como los vieron y testificaron varios sujetos fidedignos y de toda verdad que asistieron a su reconocimiento."

¿A qué seguir extractando frases? Leed el sermón que desde la misma cátedra e iglesia dirigió al pueblo, el 25 de diciembre de 1824,

el presbítero Mariano de Talavera, miembro de la cámara de representantes, justificando la independencia; o el que dijo don Juan Fernández de Sotomayor para solemnizar "los funerales de los valientes soldados de Colombia, muertos en los campos de Junín y Ayacucho"; o el elogio que hizo de Bolívar en Zipaquirá, el 28 de octubre de 1829, don Juan Nepomuceno Jiménez Acevedo, doctor en jurisprudencia y teología. (B. N. 1-12896-7.) Sentiréis palpitar en ellos las ideas y los sufrimientos de nuestro pasado, como se sienten luego en los incidentes de la vida republicana, a través de la oración de gracias que por el triunfo de la Culebrera endilgó fray Eduardo Gómez al Jesús Nazareno de San Agustín; en la de fray Gervasio García en Zipaquirá, con motivo de la libertad de los esclavos, o en aquella con que festejó la paz, en la catedral de Popayán, el doctor Felipe Santiago López, publicada a expensas de notables de allí, entre ellos don Sergio Arboleda, uno de mis antecesores en este sillón. (B. N. 1-12896-7.)

Era también popayanejo fray Fernando Racines, guardián del colegio de misiones, que competía en el púlpito con el señor Jiménez de Enciso, prelado de la diócesis en los albores de la república. Durante la cuaresma de 1826, obispo y guardián predicaron doce homilias, impresas después en Bogotá sin especificar a cuál de los dos oradores pertenece cada prédica, lo cual ya es bastante elogio para el padre Racines.

Pasaré por alto el almibarado ditirambo a fray Diego Padilla, dicho en sus honras por su colega fray Agustín Fernández, con tal retorcimiento de conceptos, que, a haber vivido fray Diego, muriera de un berrinche al escucharlo; así como los sermones del padre Margallo, de tal vehemencia algunos, que el doctor Vicente Azuero le siguió juicio por calumnia y "por desconceptuar las constituciones y leyes de la república, difamar a los funcionarios, sembrar la desconfianza, los odios, las divisiones y los primeros amagos de las persecuciones". (B. N. 1-3293.)

Y esto me lleva a recordar que el doctor José Manuel Fernández Saavedra, a cuyo cargo estuvo el elogio fúnebre de Margallo (B. N. 1-3293), disfrutaba a mediados del siglo buen renombre, discutido, desde luego, como lo prueban las réplicas que a sus sermones encajaba desde Cartagena uno que firma fray Simplicio (B. N. 1-12896) y que se me antoja de la stirpe de cierto Simón Cera, a quien se debe una *Apología del primado de san Pedro*, que manuscrita se conserva en la Biblioteca Nacional, y a cuyo pie escribió el autor: "Nota: este discurso terminó con elogios improvisados a María Santísima." (B. N. 1-12896.)

\*  
\* \*

Pocos adarmes han de pesar estos mal zurcidos apuntes en la historia del púlpito colombiano, enriquecida con los nombres del sobrio arzobispo Mosquera, de sus hermanos en el episcopado Ortiz y Paúl y de los dos grandes primates, imagen de esos nevados que desde la

meseta en que vivimos se columbran en las mañanas de sol, anchuroso el uno, mejor enfilado hacia las nubes el otro, pero éste, como aquél, iridiscente y solo.

Procera y arrogante la figura, nevada la cabeza, el tono persuasivo y salpicado de interrogaciones, parsimonioso a trechos, arrebatado cuando de su espíritu desbordaban solemnemente los afectos patéticos; noble y amplia la acción, la voz clara y agradable, dijérase el doctor Cortés Lee la encarnación de la elocuencia que encadena a "las muchedumbres que se apiñan y estrechan en torno del púlpito, y colgadas de los labios del que les habla, se sienten conmovidas, alumbradas, transformadas, mientras el corazón les arde dentro del pecho". De la primera a la última palabra sentíanse sus oyentes atraídos a él por la fuerza de un interés sin desmayos; chispeaban, como el sol en los dorados del altar, las vívidas imágenes; metáforas y sentencias batían sus alas diáfanas en las naves del templo, que se iban inundando, concepto a concepto, de una como luz de eternidad, la misma que despidió raudales de fulgores en lo alto del Sinaí, y atardece por un momento sobre el Calvario al apagarse a la tierra los ojos del Ungido.

Sabio en el profundo significado de la liturgia cristiana, con dificultad habrá quien vuelva a explotarla con el arte con que lo hizo el doctor Cortés en aquella oración intitulada *El templo es la casa de Dios*. Pero no fue de tan rica mina de símbolos de donde extrajo las gemas que adornan su predicación, sino de los santos padres, clásicos de la literatura religiosa y base de la elocuencia de Bossuet; y sobre todo de las sagradas escrituras, que Cortés pudo beber en sus fuentes griegas y que tantísima luz esparcen en los campos de la teología, tan llenas de color y de horizontes, mundo donde se cruzan todos los caminos del corazón humano, prodigiosa lente para la lúcida contemplación de la naturaleza, manantial irrestañable que le inundaba el espíritu de emociones, para que luego se afluyesen a los labios, cuando en forma de consuelos sublimes, cuando mudadas en trueno para cantar con la debida rotundidad al gran Dios de Isaías.

También Carrasquilla hizo suyo el venero de las escrituras, fue teólogo eminente y, en su calidad de maestro, su vida mantúvose aplicada, así en el confesonario como en la lección, al estudio detenido de los hombres, que le enseñaba a ver algo de lo divino en cada uno de ellos, sentido este el más alto de la cristiana y verdadera caridad. Entendía pues el mundo como es y no tan sólo como él hubiera querido que fuese; de modo que supo hacerlo palpar en las palabras, para presentar la religión en sus aspectos más humanos, porque, padre muy más que juez, conoció que en las colinas de la ternura era más fácil al pensamiento ramonear las verdades ultraterrenas. Explícate de este modo por qué realizaba milagros de lisura en sus exposiciones, y por qué, bajo la riqueza y cortesanía del lenguaje, sus ideas aparecen noblemente populares; oyéndolo, rústicos y letrados aprendieron por igual; y mientras éstos le admiraban, en aquéllos iban calando las doctrinas nítidas, puntuales, cual si nunca hubiesen vestido anchos ropajes de pedrería.

Añadidos a esto sus arreos filosóficos y su trato con los padres y doctores de la Iglesia, con el de Aquino sobre todo, que nadie mejor que él frecuentara, se comprende —aplicando la frase de Capmany— por qué razones “el Altísimo anda en sus escritos”.

Pero aun hay más: Carrasquilla desentrañó buenos diamantes de la mina imponderable de los místicos y ascetas españoles renacentistas, que tan alto ascendieron en la contemplación; cometas que al cruzar los cielos de España despliegan de horizonte a horizonte la cauda luminosa del fuego sagrado en que se queman. Ved allí a santo Tomás de Villanueva, resplandeciente del amor de Dios; al maestro Juan de Avila, que se pierde en las profundidades de la devoción; a Alonso de Orozco, más puro que Véspero; el amigo de la luna, a la luna misma, que a modo de hermosísimo globo de cristal preside aquellas serenas regiones, y en cuya séptima y última morada esplende el propio rey de la gloria; y a san Juan de la Cruz, astro magnífico que gira en una órbita de canciones; y a Granada, que fulgura con soberanía cenital; y a León, que a un tiempo destella entre los astros de ese cielo de innumerables luces, y lo contempla desde nuestro mundo, en sueño y en olvido sepultado.

Un largo escalofrío de emoción me sacude, señoras y señores, al recordar que minuto sobre minuto se ajustan esta noche los seis años cabales de la hora en que mi suerte me llevó a Segovia. Alguna repentina circunstancia había dejado a oscuras la ciudad; era en lo crudo del invierno, y los montes carpetanos que la rodean, el valle, el peñasco que la sustenta, las casas, todo, todo estaba íntegramente nevado, bajo un cielo blanco también de inmóviles vellones, en los cuales, como en los muros y en la nieve y en las aguas del Eresma y del Clamores —gargantilla de topacios que se abrocha al pie del Alcázar— ponía la luna temblorosos destellos y desvaídas manchas de nácar. Y en lo más alto de la peña, por sobre los tejados de la ciudad, que semejan besar sus cimientos, con su bosque de pináculos que parecen de espuma, los anchos contrafuertes que recortan la sombra, los entrantes y salientes donde se agazapa el misterio —oración hecha lámpara y suspiro hecho piedra— empinábase la catedral a las alturas aquella tranquila noche de encantamiento.

Imaginémosla ahora en lo interior, anegada en sombra y en luna: cuelga aquella sus velos a lo largo de los haces de columnas, retiene las entalladas sillas del coro, perfila las archivoltas y los nervios; trueca la lumbrer lunar el gesto de las estatuas de marfil y de alabastro que decoran los sepulcros; miente ondulaciones en los calados, entrelaza rejjas y arabescos y fantasmagorías, agiganta los retablos, se eterniza en los policromados vidrios de las ojivas, y arrastrándose sobre los mármoles del piso llega hasta el altar de mayólicas del Cristo y enrédase allí en sargas de perlas, símbolo de las lágrimas que a diario ofrendan al mártir los atribulados, los que llegan a sus plantas cediendo a una ilusión que se derrumba, con un grito de dolor en la garganta o abrumados por un dolor que ya no deja fuerzas para gritar.

Sin embargo, la vida ha de encenderse nuevamente bajo las tenebrosas bóvedas, así que las primeras sonrisas del alba vistan de índigo y carmín las torres de donde —según el creador de Atala— “se escapan de repente rumores confusos, haciendo huir espantadas a las aves. El arquitecto cristiano, no contento con edificar bosques, ha querido, por decirlo así, imitar los murmullos por medio del órgano y del bronce suspendido. Los siglos, evocados por estos sonidos religiosos, hacen salir su antigua voz del seno de las piedras y suspiran en la vasta basílica; el santuario muge como el antro de la antigua sibila, y en tanto que el bronce se balancea ruidosamente sobre vuestra cabeza, los subterráneos de la muerte guardan silencio profundo bajo vuestros pies.”

Ha dicho Carrasquilla que “conocer a un orador por lo que escribe es ignorarlo, porque así como el raudal de nuestra catarata del Tequendama, con la rapidez vertiginosa de su descenso, con aquellas olas de espuma que se sobreponen unas a otras sin cesar, agitándose y revolviéndose como melena de un león encolerizado; con aquellas ráfagas que se desprenden de la masa de las aguas, y en el espacio se dividen en multitud de rizos; con aquel evaporarse en la mitad de la caída; con los mil arco iris que le coronan en todas direcciones, no se deja copiar por la fotografía ni reproducir por los pinceles, así la elocuencia superior, no aprendida, repentina, de toda el alma, ni se puede trasladar con la escritura, ni profanar con la imprenta”.

Y si tanto va de lo escuchado a lo leído, ¿imagináis los sutilísimos rumores, las melodías, los concertantes y retumbos que se nos esquivan cuando pretendemos analizar al orador, no ya siquiera repasando sus palabras sino recogiendo apenas en las amortiguadas nuéstras un eco débil de las suyas? ¡Ah de la reciedumbre! ¡ah de la transparencia de Carrasquilla para mostraros cómo la fábrica de su oratoria, vista de un golpe y en la bruma del ayer, se presenta igual que el templo segoviano, lanzándose a la altura desde la roca de su fe!

Penetremos al recinto como uno de esos rayos de luna que se embriagan de color al atravesar los grandes vidrios del rosetón: ¡qué multitud de capillas, de retablos, de cuadros, de mausoleos!

A la derecha del altar del Sacramento, cincelado en la más fina plata del idioma, adviértese el de san José, el humilde carpintero que “para poner sello a tantos desprendimientos, renunció a la vista de Jesús y de María cuando llegó el momento de su muerte, a diferencia de los otros santos para quienes morir es juntarse con su redentor y su Dios”. Más allá, en el altar de san Ignacio, un cuadro atrae nuestra atención: “Trescientos negros, hombres, mujeres y niños, casi desnudos, están hacinados unos sobre otros en brevísimo espacio. El aire, que apenas se renueva por las rendijas, es irrespirable; los esclavos, echados sobre inmundicias horribles, apenas pueden ponerse en pie, debilitados como están por la fatiga de la travesía y el escaso del alimento. Algunos tienen el cuerpo cubierto todo de repugnantes úlceras. Su natural salvajez, unida a la irritación y el enojo por el maltrato que les dan, los hace presentar el aspecto de bestias feroces...”

El padre Claver baja por la escotilla, cargado de una enorme cesta llena de vestidos, remedios, vendajes y refrescos. Llega al fondo entre risueño y enternecido, se acerca a los negros, les hace entender por señas que viene no como verdugo sino como padre; los estrecha en sus brazos, les cubre la desnudez, les da de comer y beber, les cura con sus manos las llagas, acaricia a los niños, se ríe y llora a un mismo tiempo.”

Luego, en la girola, como quien dice donde queda la capilla del Topo en nuestra catedral primada, preside el otro altar la Virgen de las Mercedes, advocación preferida de la familia Ortega y, por lo mismo, de monseñor Carrasquilla. Estase la Virgen en su camarín, ornado de porcelanas y de conchas y de grandes tulipanes de oro. ¿Queréis mirar de cerca algunas de esas flores? “Una alma virgen, vista hasta el fondo limpísimo de su ser, es lo más hermoso que ha salido de las manos divinas; se entreabre el palio azul del cielo y se alcanza a vislumbrar un rayo de la claridad indeficiente.” Pero advertid esta otra, tan igual y tan distinta a la vez: “Cuando Dios quiso sacar de la nada los millares de mundos que pueblan el firmamento, tuvo con una palabra de sus labios; cuando creó a María Inmaculada, esforzó su brazo omnipotente.”

He allí luego un retablo digno de Juan de Borgoña: asoman en el fondo arquitectónico renacentista las cúpulas de Mérida. Eulalia aparece en primer término, rodeada de sayones que sostienen humeantes antorchas; en el segundo episodio, los sayones dieron ya fuego a la veste de la virgen, y ella “desata sus magníficos cabellos que se derrumban cubriéndola toda hasta los pies de un vestido formado de negros y encrespados rizos, y cae sin vida, ahogada por el humo”.

La próxima capilla, que no falta en ninguna iglesia gótica, es el Calvario, obra maestra siempre de los imagineros españoles; las figuras se han tallado de modo que cada una es por sí sola perfecta, y así el conjunto resulta impresionante: “Un ladrón muere blasfemando, y otro alcanza ilimitado perdón; los príncipes del pueblo insultan al Salvador agonizante y Jesús pide indulgencia al Padre para ellos; Longino le traspasa el corazón después de muerto, y el centurión se aparta golpeándose el pecho a fuerza del arrepentimiento... El Señor mira con ojos ya enturbiados a la Virgen Santísima, que está en pie al lado de la cruz; dirige otra mirada a san Juan, que se halla allí también, y dice a María: Mujer, he aquí a tu hijo... El mayor milagro de aquel día fue el de que la Virgen, san Juan y santa María Magdalena no expirasen de dolor.”

Medio incrustada en el muro, bajo el arcosolio, hay una urna de pórfido decorada por un altorrelieve: en él aparece “el cuerpo de difunto prelado, en el umbral del palacio solitario y vacío, revestido con las pontificales vestiduras y llevado en hombros de sacerdotes. Díjérase que suenan las cornetas y redoblan las cajas militares de la guarnición que presenta las armas a los restos del jefe de la Iglesia colombiana; que aun se oye el murmullo de pesar que se escapó de entre los millares de espectadores de aquella solemne ceremonia, los

sollozos de los hijos del pueblo, las voces que repetían el salmo del dolor y de la penitencia. Ejército y pueblo preceden y rodean y siguen el féretro”.

En el opuesto muro, otro cuadro roba nuestras miradas: es de asunto entre sagrado y profano: un grupo de mártires de la libertad se encuentra ante la imagen de La Bordadita “que oyó sus plegarias de niños; recitan ahora las preces de los agonizantes; reciben el viático sagrado en el mismo lugar donde antes la Primera Comunión; y, al sonar la hora, descienden por la gran escalera, tristes, como todo espíritu superior ante las injusticias humanas; serenos, como quien marcha al cumplimiento del deber; graves, como quien se prepara al acto más importante de su vida. Porque sólo hay una cosa más grande que consagrarle la vida a la patria, y es morir por ella. . . La patria es nuestra madre. Nos engendró ella en su seno, somos pedazo de sus entrañas, carne de su carne, hueso de sus huesos; ella nos crió a sus pechos, nos abriga bajo su bandera sin mancha, nos da su nombre, el de colombianos, que yo no cambiaría por otro alguno; nos hace partícipes de sus laureles y triunfos; hermanos de sus sabios, sus poetas, sus estadistas, sus héroes y sus mártires”.

En alabastro se talló aquel retrato de prelado: “Estatura apenas mediana, pero llena de garbo; la cabeza abultada y circuida de una corona de suaves cabellos, que parece que no alcanza a contener el cerebro.” Aun su misma quietud, más que quietud, semeja el término de un ademán elegante y señorial.

Demos un paso más. ¡Cómo se irisan y juegan los undívagos rayos lunares sobre ese ancho túmulo de mármoles finísimos! ¡Cuánta solemne belleza dentro de tan austera sencillez! Sobre el sarcófago, un león apoya la mano en la tiara papal, en actitud de defenderla. Debajo hay una breve inscripción: “Hic Leo XIII. Pulvis est” Leamos, si gustáis, lo inscrito en la losa que forma espalda al mausoleo: “Cuando el ángel de la eternidad, por orden de Dios, se inclinó respetuoso sobre el lecho del pontífice moribundo y cortó suavemente el último hilo que ligaba aquella alma poderosa con el endeble cuerpo, la campana mayor de la basílica de San Pedro vibró en los aires, la siguieron las de las cuatrocientas iglesias de la Ciudad Eterna; y así como al caer la piedra en el estanque se van formando ondas concéntricas que llegan hasta las riberas, así aquel tañido de tristeza fue extendiéndose por el universo entero; y asordaron los dobles de los bronce desde las torres caídas de las grandes catedrales góticas, y les respondió el esquilón agudo medio oculto bajo el alero de la capillita de cañas y juncos alzada por el misionero en los grandes lagos donde nace el Congo, o al pie de la imponente mole, coronada de nieve, que es cuna del Nilo portentoso.”

Suspendamos aquí, que ya se anuncia el alba. Ni el estilo gótico, ni la oratoria de Carrasquilla fueron creaciones *literarias*, sino desarrollo del arte románico —en su sentido más lato— así en la arquitectura como en la enseñanza. El empuje del arco y el de la retórica hállanse contrarrestados por el contrafuerte y por la doctrina; de

donde resultan ambas obras fruto de una mecánica tan perfecta, que de tocar una parte cualquiera del edificio arriesgaríase su solidez; y las galas literarias, la complicación de las molduras, las rosas de piedra que parecen abrirse en la noche, tienen el mismo objeto: encubrir con sus grandes efectos de luces y de sombras los lugares de mayor osadía. Allí el trébol, y la yedra, y la encina, y la vid —además del acanto y el laurel de los viejos estilos— trepan y se retuercen y se adaptan, como acá las puestas de sol, la paz de los campos, hasta el fragor del Tequendama. “Es la creación entera que se levanta glorificando a su Creador.” El período rotundo sirve de nicho a los apóstoles y profetas; a la línea de ventanales de las naves menores, por donde llega a la mayor la claridad del día, corresponden exactamente los accidentados del discurso, que iluminan el asunto principal con el dulce resplandor de una esperanza o el veleidoso destello de una emoción; y entre las torres de la sabiduría y el patriotismo, el rosetón multicolor por donde pasa la luz maravillosamente combinada: en forma de candelas, cuando nos habla del amor divino; cuando de Jesús, azulosa, al modo de esas colinas y lagos que asoman en nuestros recuerdos infantiles, allá, en las lejanías del Evangelio; teñida del primer rubor de una virgen, para describirnos el alma y las ternuras de María; amarillenta, lívida, si columbra la eternidad; sombría, de amantista, al rememorar el “infortunio de su Dios”. Vivas, armoniosas y magníficas, catedral y oraciones, desdoblamiento y culminación de artes profanas, respiran sublimidad.

Y también para Carrasquilla vino la mañana, en 1930. Las campanas que él supo mejor que nadie tañer un cierto día de la Ascensión, acompañaron la de su espíritu. El 18 de marzo pasó; y así el lucero que la aurora desvanece; y así la llama de su pensaminto en la perpetua claridad.

---

## RESPUESTA A DANIEL SAMPER ORTEGA

Por ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

Señores académicos:

Si hay destinos manifiestos en la vida, uno de ellos es el de don Daniel Samper Ortega. Nació para hombre de letras, como otros nacen para políticos o para comerciantes. Las tradiciones de su familia lo hubieran llevado al campo de la actividad comercial. Nadie ignora que el apellido Samper va unido a magníficas obras de progreso: lo han llevado banqueros, empresarios, jefes de casas comerciales, todos ellos de reputación diamantina. Su abuelo fue una autoridad en asuntos económicos; expuso las doctrinas de la escuela liberal inglesa en numerosos escritos en que lucen su ciencia y su experiencia. Yo me complazco a veces en formar en mi imaginación un senado ideal,